



arauco

editorial

**Argelia, en camino
a su
Independencia**

Lentamente, pero con la seguridad de los grandes acontecimientos históricos, se acerca Argelia a su independencia. Con ella llegará a su término uno de los episodios coloniales más largos y crueles de los últimos siglos y surgirá una República forjada en la lucha que será señera en el continente africano.

Argelia es un inmenso país con más de dos millones de Kmts. cuadrados y una población de once millones de habitantes, con extensa costa sobre el Mediterráneo y una frontera común con siete países del Africa. El término de la lucha la hallará con un ejército nacional aguerrido, bien organizado y armado de no menos de 200.000 hombres, que será, con mucho, el más poderoso del Africa y de la comunidad árabe de naciones. Los líderes del Gobierno Provisional de la República de Argelia, los jefes y soldados del Ejército, los integrantes del Consejo Nacional de la Revolución y, en general, todos los órganos de lucha y administración del Frente de Liberación Nacional tendrán, además, a su favor, la juventud, su fe y la conciencia revolucionaria adquirida en la dura escuela de siete años de batalla contra el colonialismo francés, la derecha europea-argelina y los países de la OTAN que proveyeron a éstos de armas y dineros.

Esta larga guerra, al igual que otros sacudimientos sociales y políticos del pasado, madurará a Argelia para permitirle dar zancadas audaces hacia el futuro y construir sobre las ruinas del imperio colonial una República de organización socialista y economía avanzada.

El pueblo argelino ha conocido, en estos años, las más duras formas de opresión que la sociedad humana puede brindar: la militar, de un ejército extranjero; la racial, de una minoría europea sobre la masa árabe y bereber; la religiosa, del católico sobre el musulmán; la de clase, del burgués sobre el proletario indígena. Estos ingredientes de odio han estado presentes, alternativa o conjuntamente, en todos los grupos sociales dominantes, incluyendo a los

obreros de origen europeo. En la organización terrorista de la O.E.S. (Organización del Ejército Secreto), no son pocos los miembros pertenecientes al artesano de ascendencia francesa, española e italiana y es sabido que el barrio obrero de Bab el Oued de la capital de Argelia constituye el fuerte de esa organización.

Con el fin de dominar la insurrección nacional, el ejército francés recurrió a numerosos y variados métodos de violencia, pero el que produjo los más trágicos efectos de dislocación social fue la creación de los llamados "Campos de Albergue" (Camps d'hébergement) y "Campos de Reagrupamiento" (Camps de regroupement). Los primeros eran campos de concentración de prisioneros de guerra y de personas sospechosas de haber proporcionado ayuda al F.L.N.; los últimos eran inmensas concentraciones de argelinos traídos del interior del país después que sus casas, pueblos, huertos y cosechas habían sido concienzudamente destruidos y quemados por las fuerzas francesas. Ambos tipos de campos eran cercados con alambradas de púas electrificadas, estrechamente vigilados por legionarios y sometidos a un régimen de miseria increíble. "France Soir", el diario de mayor circulación de Francia, describe así el origen de los campos de "Reagrupamiento":

"En los lugares donde los rebeldes no pueden ser controlados, el Ejército ha querido hacer una zona de vacío y de miseria. Evacuó a los habitantes y arrasó las casas para que el F.L.N. no pudiera encontrar allí ningún refugio. De ahí el origen de esos lamentables reagrupamientos de población alrededor de las ciudades y de esas aglomeraciones de planchas de zinc acanalado y de chozas de barro y ramas secas. Se estima que hay, en toda Argelia, un millón y medio de hombres, mujeres y niños arrancados a sus hogares por la fuerza o por su propio miedo y que llevan una vida más o menos atroz. Con los 150.000 refugiados en Túnez y los 120.000 de Marruecos, la cifra se aproxima a los dos millones si no la sobrepasa."

Deben agregarse a este número, los detenidos y presos en las cárceles militares y civiles de Francia y Argelia, las bajas civiles de la guerra y los soldados muertos en combate. Ferhat Abbas, ex Presidente del Gobierno Provisional Argelino, interrogado a principios de 1961 sobre el número de musulmanes muertos en los seis años de guerra, en el campo de batalla, la retaguardia, las cárceles y cámaras de tortura, lo fijó, sin titubear, en un millón. Con una cantidad por lo menos igual de heridos y dos millones de desplazados y refugiados, tenemos que la mitad de la población nativa de Argelia ha sido directa y trágicamente afectada por la lucha, arrancada de sus hogares, muerta, herida o mutilada.

En la actualidad se da amplia publicidad a los actos de terror de los derechistas de la O.E.S., a sus asaltos y crímenes contra hospitales, cárceles, bancos y barrios musulmanes, tratando de hacer olvidar las brutalidades oficiales de los siete años anteriores. Sin embargo, pese a lo repulsivo de estos atentados, ellos tienen relativamente poca importancia para el desenlace final de la lucha y para la configuración del cuadro social y político del país creado, antes del cese del fuego, por el ejército francés.

El desarraigo violento de millones de argelinos, hombres, mujeres y niños, perteneciente en su mayoría a las zonas más atrasadas y a comunidades con hábitos y prejuicios milenarios mantenidos gracias al aislamiento y la distancia, constituirá, a la larga, un factor positivo en una Argelia soberana. Esta masa no será ya el elemento pasivo, impermeable y hostil a todo cambio que habría sido si hubiese continuado en sus remotas aldeas, sino que formará un proletariado curtido en el dolor y la lucha, fácil de incorporar a grandes trabajos colectivos de reconstrucción y de agricultura moderna. Como las tropas francesas tuvieron el cuidado de arrasar su solar nativo no es posible pensar en un restablecimiento del estado de cosas anterior a la revolución, ni aun en el caso de que

la mayoría quisiera regresar a sus antiguas tierras. El pueblo argelino se ve, pues, avocado a una alteración profunda de su régimen de existencia y no cabe duda que sus jóvenes y dinámicos dirigentes no la harán sobre los viejos moldes que fueron rotos por el vandalismo francés.

La República de Argelia contará, así, con dos factores que no estuvieron presentes al obtener su independencia los demás Estados árabes: un ejército nacional poderoso formado en larga lucha y una población desarraigada de su suelo tradicional y, por lo tanto, más fácil de adaptar a nuevas formas sociales y económicas.

Esta readaptación se verá facilitada por el vacío que dejarán los colonos europeos que huirán del país temerosos del castigo por los delitos cometidos o los que, simplemente, lo abandonen para no someterse a las nuevas autoridades argelinas. Casas, tierras, fábricas y comercios situados dentro o en la periferia de las grandes ciudades como Orán, Argel, Constantine, Bone, etc., quedarán disponibles para que miles de desplazados y refugiados argelinos se instalen y empiecen una nueva vida. Argelia surgirá, entonces, como una de las Repúblicas más dinámicas del África y servirá de ejemplo a sus hermanas islámicas y a los otros pueblos del Continente.

¿En qué medida pueden los acuerdos de Evian, celebrados entre el Gobierno de Francia y los representantes de Argelia, demorar o impedir esta evolución en la nueva República?

Como es sabido, estos acuerdos abarcaron dos materias: a) el conjunto de procedimientos y medidas encaminadas a la celebración de un plebiscito que permita a toda la población de Argelia pronunciarse libremente acerca de si quiere o no la independencia y b) las obligaciones y compromisos que contraerá Argelia con respecto a Francia si, como ambas partes lo suponen, resulta del plebiscito la proclamación de su independencia.

Las obligaciones previstas y aceptadas por las partes para después de la independencia se refieren, en especial, a los derechos de los ciudadanos franceses residentes (colonos), al dominio de sus bienes raíces y muebles, al estacionamiento, por un período de tres años, de efectivos del ejército francés, a la conservación de bases militares, aéreas y navales, a la participación de Francia en la explotación y aprovechamiento del petróleo del Sahara, a la cooperación económica y cultural, etc.

El valor jurídico y moral de estos compromisos, pactados cuando el territorio de una de las partes estaba ocupado militarmente por las tropas de la otra, cuando el grueso de su población permanecía recluida en cárceles y campos de concentración o arrojada al exilio y cuando una organización terrorista, contraria a la independencia, dominaba las principales ciudades del país, es muy escaso. El vicio de la fuerza está presente en cada una de sus líneas, aunque no se ejerza directamente sobre los delegados que consintieron en ellos. Por otra parte, quienes participaron en nombre de Argelia constituyen un gobierno de facto con un mandato evidente para luchar y expulsar a los franceses del país, pero no para contraer obligaciones que comprometan la soberanía de la futura República. Sólo una consulta libre y secreta a los ciudadanos de una Argelia independiente puede decidir si tales obligaciones se aceptan o rechazan.

Ciertamente, dada la situación que afrontaban los líderes del Frente de Liberación Nacional, no puede criticársele haber aceptado las condiciones dictadas por Francia. Los acuerdos de Evian constituían un paso decisivo hacia la independencia de su patria y era urgente la necesidad de poner término a los padecimientos de su pueblo; pero es, al mismo tiempo, innegable que sólo corresponderá al pueblo argelino decir la última palabra.

No hay razón para suponer que la consulta que, oportunamente, se le

haga, sea favorable a las hipotecas impuestas en Evian y que acepte continuar otorgando privilegios a la nación que más lo ha humillado y maltratado. Por el contrario, a medida que el sentimiento nacional se vaya expresando libremente, se constituya un gobierno elegido por la mayoría, la administración del país pase a manos del pueblo y se consolide el ejército con armamento moderno, se hará incontestable la presión por abolir las ventajas dadas a Francia o para acortar los términos de su disfrute.

Las negociaciones que, entonces, se produzcan entre ambas partes encontrarán a Argelia en situación inversa a la que fue en Evian. El F.L.N. estará en el poder, su pueblo se manifestará libre y vigorosamente en las calles y el ejército, plenamente consolidado, estará pronto para defender sus derechos. No sería posible imaginar a Francia reemprendiendo la lucha total para conservar lo menos, cuando con la sola guerra de guerrillas tuvo que ceder lo más. Por otra parte, declarada la independencia, Argelia pertenecerá de pleno derecho a las Naciones Unidas, estará protegida por las estipulaciones de su Carta y contará con aliados tan numerosos y fuertes que cualquiera aventura militar de Francia equivaldría a una conflagración mundial.

Todas estas consideraciones han debido pesar en el espíritu de los representantes argelinos en Evian y —posiblemente— en los mismos franceses. Es muy probable que las cargas impuestas a Argelia lo hayan sido más como un medio actual de aplacar a los extremistas y altos mandos del ejército francés que como obligaciones reales y permanentes de la nueva República.

Entre las muchas lecciones que deja la guerra argelina está la que confirma el odio satánico que domina a la derecha cuando está a punto de perder sus privilegios, su falta de piedad, su rápido recurso al terror. Todo el conjunto de generales, paracaidistas, ultras, "patas negras", latifundistas y mercaderes, muy occidentales, muy católicos y muy cultivados, no trepidaron en recurrir a los crímenes más horribles con el fin de evitar que las humildes y pobres mayorías argelinas adquirieran el derecho de tener patria y ser ciudadanos. Prueba, también, la guerra de Argelia, el gran sentido de disciplina que tiene el pueblo trabajador cuando tiene fe en su causa y en sus dirigentes. El cese del fuego acordado en Evian fue escrupulosamente obedecido por todos los comandos y guerrillas del Frente de Liberación Nacional, pese a su naturaleza multi-forme, a su composición heterogénea y a la ausencia del sistema jerárquico que prevalece en los ejércitos regulares. Mientras el pueblo argelino, pobre, ignorante e inculto acató la voz de sus jefes, voz moral sin fuerza compulsiva, los muy cultos, ordenados, leídos y pladosos franceses no pudieron dar una respuesta igual. La violencia de la O.E.S. se desató con más saña que nunca y miles de musulmanes han caído bajo sus balas y bombas. Aun ante esta desmesurada provocación el pueblo argelino ha mantenido una serenidad y sangre fría que han causado asombro en el mundo entero.

Dirigentes y pueblo que son capaces de mostrar tal sentido de disciplina y responsabilidad están llamados a altos destinos. Por eso puede asegurarse que la nueva República de Argelia que se incorporará a la comunidad de naciones libres, llenará su papel con dignidad y con provecho para los restantes pueblos del mundo.

F. K.